



9000



CAMPANAS PASCUALES



OBRAS DE FRANCISCO VILLAESPESA

POESÍA: Intimidades.— Flores de almendro.— Luchas.— Confidencias.— La copa del rey de Thule.— El alto de los bohemios.— Rapsodias.— Las canciones del camino.— Tristitia rerum.— Carmen.— El patio de los Arrayanes.— Viaje sentimental.— El mirador de Lindaraxa.— El libro de Job.— El jardín de las Quimeras. Las horas que pasan.— Saudades.— In memoriam.— Bajo la lluvia.— Torre de marfil.— Andalucía.— Los remansos del crepúsculo.— El espejo encantado.— Los panales de oro.— El balcón de Verona.— Palabras antiguas.— Jardines de plata.— Collares rotos.— El libro de los sonetos.— El velo de Isis.— Lámparas votivas.— Ajimeces de ensueño.— Campanas pascuales.— El reloj de arena.

EN PRENSA: La cisterna.— La musa gitana.— La casa del pecado.— Paz.

PROSA: El milagro de las rosas.— El último Abderramán.— La venganza de Aischa. Zarza florida.— Breviario de Amor.— Las joyas de Margarita.— Vida y Arte: I. Julio Herrera Reisig.— Las granadas de rubíes.—



677

Fiesta de poesía.—Las garras de la pantera.
La tela de Penélope.— Las palmeras del
oasis.—Primavera romántica.— El milagro
del vaso de agua.

TEATRO: El Alcázar de las Perlas. (Tragedia árabe en cuatro actos y en verso.) — Doña María de Padilla. (Drama histórico en tres actos y en verso.) El Rey Galaor (Tragedia en tres actos y en verso, inspirada en un poema de Eugenio de Castro.)— Judith. Tragedia bíblica en tres actos y en verso.)— Era él. (Poema en un acto y en verso.)— Abén Humeya. (Tragedia morisca en cuatro actos y en verso.)— El Halcnero. (Poema trágico en tres actos y en verso.)— La Leona de Castilla. (Tragedia castellana en cuatro actos y en verso.)— La Maja de Goya. (Episodio dramático en cuatro actos y en verso.) La Cenicienta. (Poema en un acto y en verso.)— El suspiro del Moro. (Tragedia árabe en cuatro actos y en verso.)

07/5993 DL-R 161

FRANCISCO VILLAESPESA

CAMPANAS PASCUALES

POESÍAS

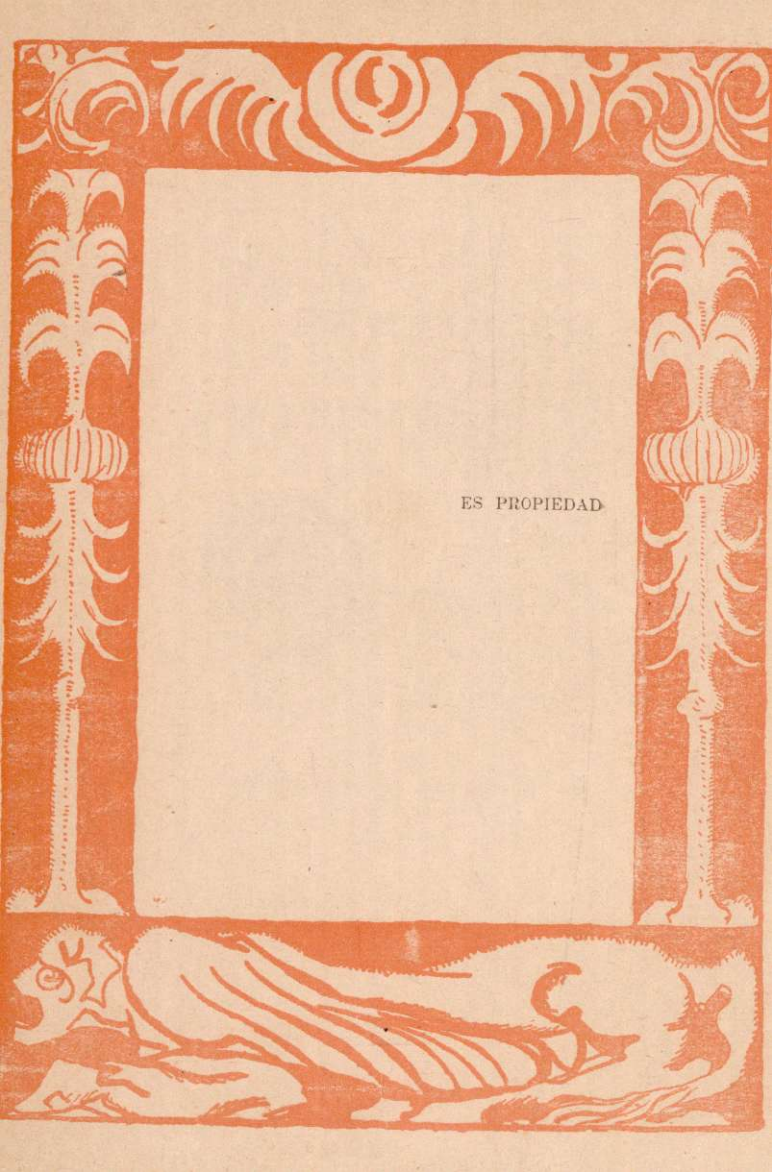


MADRID

Imp. Artística de Sáez Hermanos
Calle de Monserrat, 7.

1914

A stylized illustration at the bottom of the book cover, rendered in the same orange-red color as the border. It depicts a bull and a bullfighter in a dynamic pose, with the bullfighter's cape raised. The illustration is partially framed by the ornate border.



ES PROPIEDAD

DEDICATORIA

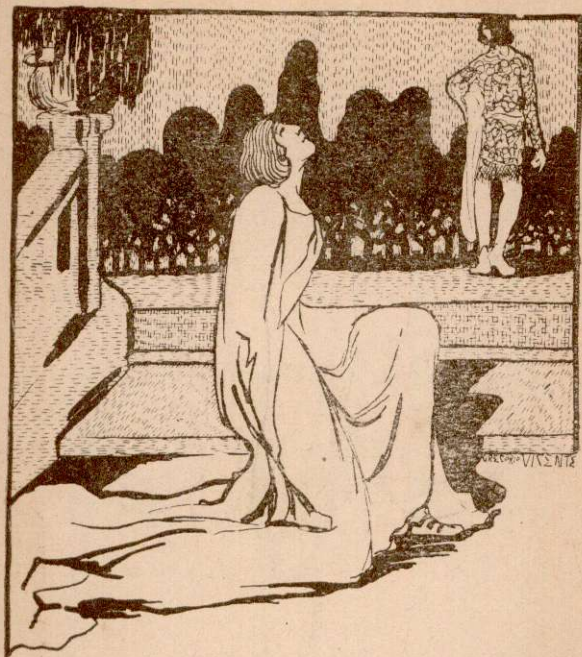


Al insigne exaltador del alma castellana, Enrique Rodríguez Larreta, maravilloso cantor de «La gloria de Don Ramiro», como homenaje de admiración y simpatía.

VILLAESPEÑA

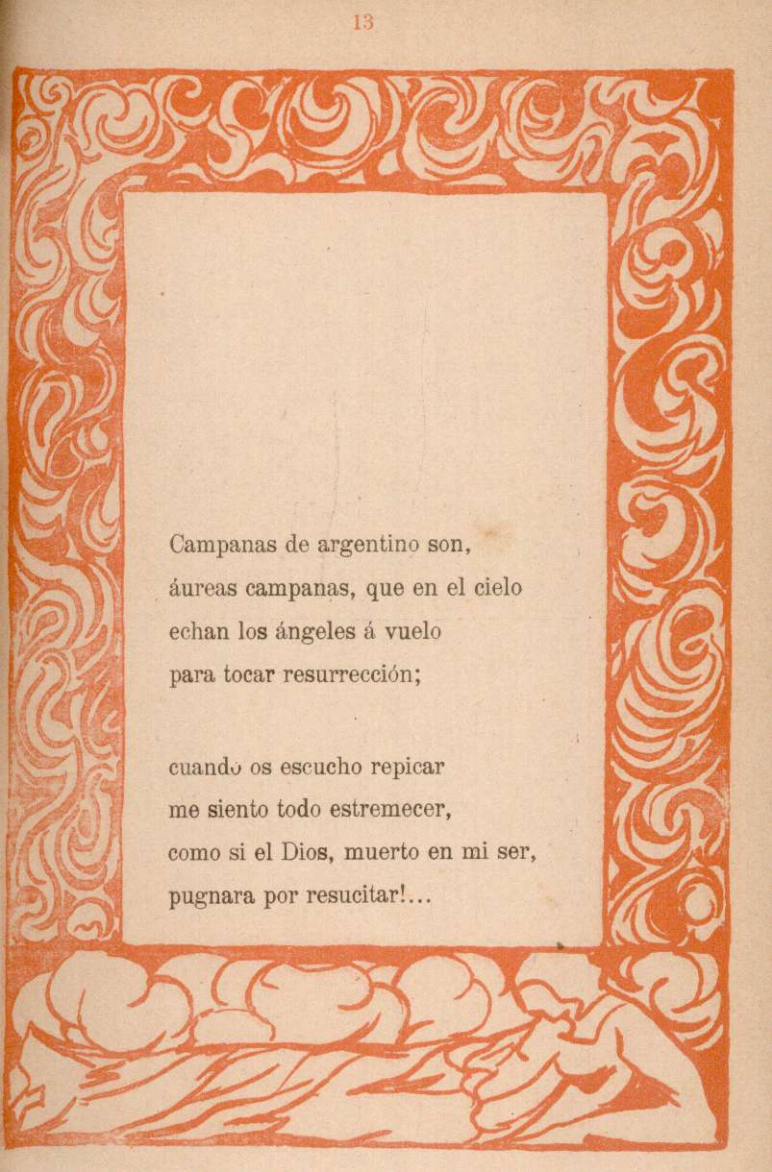
Madrid, Julio, 1914.





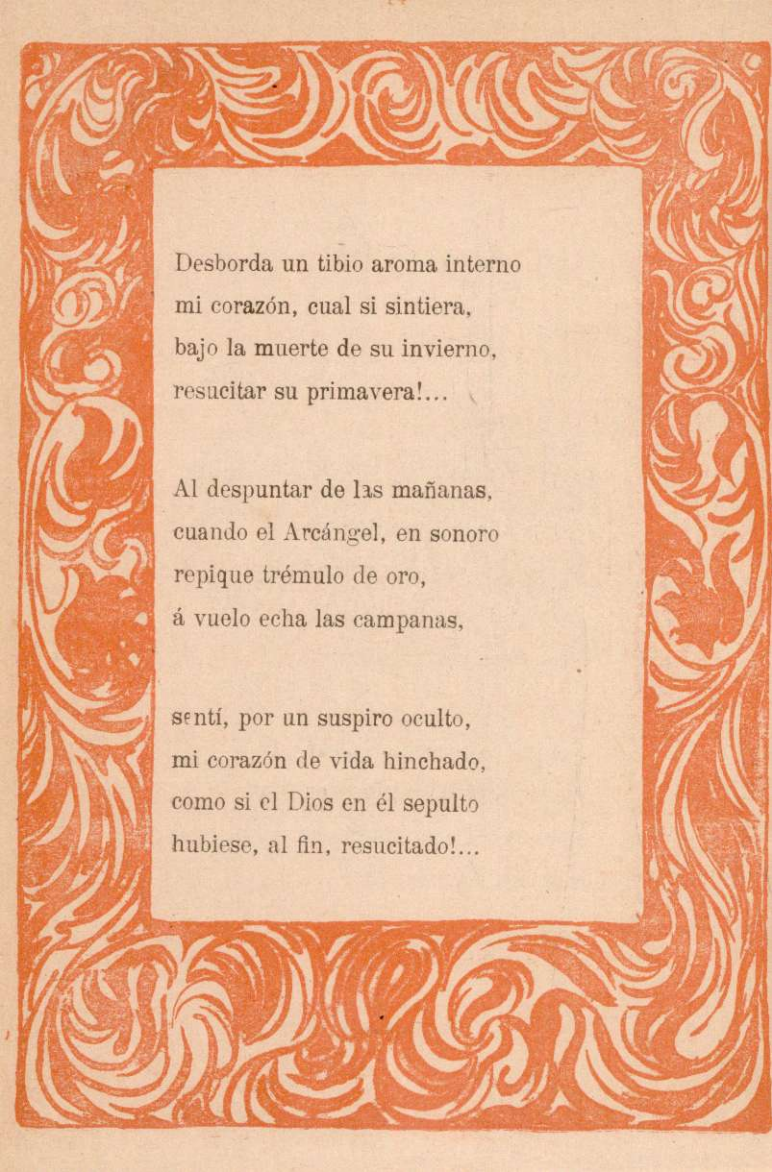
CAMPANAS PASCUALES





Campanas de argentino son,
áureas campanas, que en el cielo
echan los ángeles á vuelo
para tocar resurrección;

cuando os escucho repicar
me siento todo estremecer,
como si el Dios, muerto en mi ser,
pugnara por resucitar!...



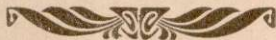
Desborda un tibio aroma interno
mi corazón, cual si sintiera,
bajo la muerte de su invierno,
resucitar su primavera!...

Al despuntar de las mañanas,
cuando el Arcángel, en sonoro
repique trémulo de oro,
á vuelo echa las campanas,

sentí, por un suspiro oculto,
mi corazón de vida hinchado,
como si el Dios en él sepulto
hubiese, al fin, resucitado!...

Y á aquellas pálidas doncellas,
que al resplandor de las estrellas,
llenos de lágrimas los ojos,
rasgado el manto y desgrenadas,
por él rezaron prosternadas
sobre su túmulo de hinojos,

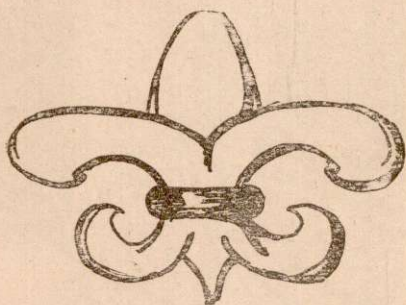
una voz dijo: — (¡con qué encanto
mi alma su música escuchó!)
— ¡Secad, doncellas, vuestro llanto,
que vuestro Dios resucitó!...







PAISAJES SENTIMENTALES



I

Entre un tronar de férreas tempestades,
del vagón por la abierta ventanilla,
pasan, con rapidez de pesadilla,
campos, altas montañas y ciudades...

Precipicios de horror; fragosidades
donde la nieve del invierno aún brilla:
la campiña desierta y amarilla,
y las frescas y verdes heredades...

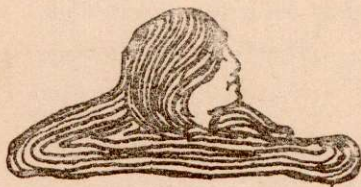


Mas de todo, recuerdo solamente,
espejando su albura en la corriente,
una humilde casita, limpia y bella,

entre el florido naranjal perdida...

— ¡Una casita como esa, y ella!...

¿Qué más puede pedírsele á la vida?...



2

II

En la profusa y áspera maraña
del bosque que en la siesta se adormila,
el reflejo del sol es una araña
que entre las ramas sus fulgores hila.

Como una ninfa trémula y huraña,
libre de acechos de mortal pupila,
se desnuda el espíritu y se baña
en el remanso de esta paz tranquila.



Sobre el cristal de la corriente clara,
en lo más hosco de la selva, para
que ni un reflejo de la luz le bese,

hay un nido de errantes ruiñeñores...
¡Ay, quién tuviera un nido como ese,
para ocultar en él nuestros amores!



III

El jardín otoñal. En el silencio
profundo de la hora vespertina,
el sol es como un cirio que ilumina
el lento agonizar de un moribundo.

Un doble funeral viene del mundo,
fugitivo, como una golondrina
que emigra. Sopla el viento en la vecina
selva, un largo responso gemebundo!...



Sobre el cristal de la corriente clara,
en lo más hosco de la selva, para
que ni un reflejo de la luz le bese,

hay un nido de errantes ruiséñores...
¡Ay, quién tuviera un nido como ese,
para ocultar en él nuestros amores!



III

El jardín etoñal. En el silencio
profundo de la hora vespertina,
el sol es como un cirio que ilumina
el lento agonizar de un moribundo.

Un doble funeral viene del mundo,
fugitivo, como una golondrina
que emigra. Sopla el viento en la vecina
selva, un largo responso gemebundo!...

Bajo el dosel en paz de la arbol da,
lento un rosal disipa su blancura
á las caricias de la tarde roja...

¡Cuando muera este amor, manos de s'eda,
cavad, cavad su humilde sepultura,
al pie de ese rosal que se deshoja!



IV

En un banco, al amparo del ramaje
de una acacia, destácase el relieve
de tu cuerpo de diosa, entre la leve
trasparencia azulada de tu traje.

Un abanico de áureo varillaje
entre tu mano de marfil se mueve,
acariciando la impoluta nieve
que late y tiembla en su prisión de encaje.



Perdidas en la vaga lejanía
¿qué buscan tus pupilas ojerosas?...
¡Oh, quién fuera el pastor de azul pellico

que los misterios de tu seno espía,
asomando su rostro entre las rosas
del paisaje de Abril de tu abanico!



V

Jardín ¿qué ha sido de tu lozanía?...
De la antigua grandeza, sólo existe
el harapo de oro con que viste
el Otoño tu gris melancolía!

¡Ni una rosa perfuma tu agonía
de tantas rosas como ayer tuviste!...
Jardín en abandono ¿qué es más triste,
tu soledad sin flores ó la mía?...

Sólo un musgoso surtidor levanta
su penacho de vivas claridades,
perfumando el silencio con su canto...

¡Corazón, corazón!, ¡qué triste canta
en el mustio jardín de tus saudades
el surtidor oculto de mi llanto!



VI

En el patio, de sol resplandeciente,
difunde el arrayán su olor salobre...
El cristal de la alberca es como un cobre
donde esfuma sus oros el Oriente.

Viejo naranjo de verdor naciente,
rico en herrumbres y de frutos pobre,
su ancha sombra de paz derrama sobre
el marmol melodioso de una fuente...

En un sueño de extáticos brahamanes
se yerguen los cipreses... Primavera
deshoja sus jazmines en la brisa...

¡Oh, si de pronto, entre los arrayanes,
este silencio de cristal rompiera
el oro fugitivo de tu risa!...



VII

Exterior sin ornato y sin poesía,
— cal y ladrillos — miserable y feo;
y dentro, el deslumbrante centelleo,
y la rica y vivaz policromía

de alcázares de oro y pedrería,
y jardines de encanto y devaneo...
Todo cuanto pedir pueda el deseo
á la más desbordante fantasía!...

Sobre fragantes pieles de panteras,
las Horas danzan como bayaderas,
entre rumor de guzlas y de besos

y perfumes de nardos y rosales...

Mi amor—por dentro y fuera—es como esos
misteriosos palacios orientales!



VIII

A la orilla del mar, sobre una roca,
desnudo y solitario á todo evento,
devorando su propio pensamiento
con la hambrienta nostalgia de su boca,

el Desterrado, en su actitud evoca
ese bárbaro y trágico tormento
que agita al mar cuando al fragor del viento
en los peñascos sus espumas choca.

En cada gesto suyo se revela
ese dolor de ensueño disipado
que hasta al mismo consuelo desconsuela...

¡Oh, tremendo escultor, con tu divino
cincel, en blanco marmol has tallado
la negra maldición de mi destino!



IX

A la luz de una lámpara de arcilla
lee un monje un infolio... De repente
palidece de angustia porque siente
la caricia de un seno en su mejilla...

Es su eterna visión, la pesadilla
desnuda y blanca de su carne ardiente,
que le ciñe en sus brazos sonriente,
y entre sus senos su cabeza humilla...



Muere la luz... Cuando en la vidriera
sus paisajes de sol esmalta el día,
el monje yace inmóvil... Se dijera

que un vampiro la sangre le ha chupado...
(¡Ay, para ti, hasta el sueño, carne mía,
tiene ojeras y angustia de pecado!) ..



X

Yo he visto en algún lienzo, no se cuando
ni dónde, á un noble caballero moro
y á un hidalgo cristiano, batallando
bajo un diluvio torrencial de oro.

E impasible el combate presenciando,
á la sombra de un verde sicomoro,
un sátiro jovial, está ensayando
en su siringa un cántico sonoro...



Mientras la Cruz contra la Media Luna
combate, la inmortal Naturaleza,
burlándose de todo fanatismo,

en su tosca siringa entona una
melodiosa canción á la Belleza...

Podéis mirar el cuadro: ¡Soy yo mismo!...



XI

Eres ténue y suave... Tienes esa
fragilidad lunática y liviana
de una pálida virgen japonesa
en un tabor de fina porcelana...

(Bajo un cielo enfermizo de turquesa
el verdor de un cerezo se amanzana,
y de sus frutos la encendida grana
toma tonos anémicos de fresa)...



Tu pálida belleza, prisionera
en el kimono de enlunados rojos,
el humo y la ceniza nos evoca...

Tan sólo viven en tu faz de cera
las dos gotas de tinta de los ojos
y la mancha de lacre de la boca!...



XII

Está tan lejos, corazón, tan lejos!...
Su recuerdo (¡qué horror!) tiene ese tono
borroso que ennegrece el abandono
en las figuras de los cuadros viejos!...

¿Qué hoscas nubes velaron tus reflejos,
sol de mi juventud?... ¡Divino icono,
sólo un débil des'ello de tu trono
dora la antigüedad de mis espejos!...

Nada es preciso en tu recuerdo... Nieblas
amortajan en sombras tu figura...
Sólo á veces, rasgando las tinieblas

del nocturno pavor de mis enojos,
pasa, como un relámpago, la obscura
y divina tristeza de tus ojos!



XIII

Sólo mancha el azul del mar y el cielo
una vela latina que se aleja,
y en la distancia, al blanquear, semeja
el adiós, lento y triste, de un pañuelo.

¡Oh, gloriosa ambición! ¿Por qué tu anhelo
el firme amparo de la costa deja,
y otra vez tiendes, gaviota vieja,
á los misterios del azar, tu vuelo?

¿Qué buscas en el seno de los mares?...
El mismo viento que tus lonas riza
en el mar hundirá tu carabela...

¡Nada hay tan triste como los cantares
que entona el marinero cuando iza
para zarpar la temblorosa vela!





XIV

Ese gris de la lluvia se me entra
por las pupilas, y en lo más profundo
del corazón, parece que concentra
todo el fastidio que envenena al mundo!

Ni esperanza de luz mi vista encuentra;
con el gris de los cielos me confundo,
y la vida, del pecho se descentra,
con un rudo estertor de moribundo!...



Surge—¡oh, viento!—y arrastra en tu carrera
este gris que amenaza amortajarnos!...

¡Recuerdo, el velo del dolor levanta,

y déjame, á lo menos, ver siquiera
aquel rayo de Sol, que al separarnos,
nimbó de oro su perfil de santa!...



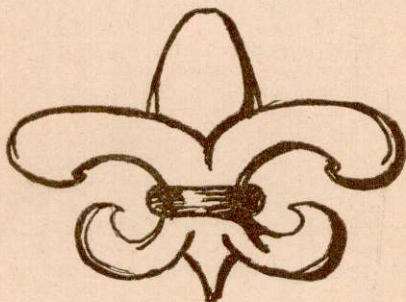
XV

Corazón, corazón, ¿á dónde vamos?...
Qué te importan las luces de la Aurora,
si todo en tu sendero gime y llora,
y mustios ruedan los floridos ramos?...

Lo que ayer desdeñosos despreciamos
nuestra pobreza franciscana implora...
¡Que mendigar tendremos desde ahora
todo cuanto aturdidos derrochamos!...

Ya nuevos frutos del amor no esperes!...
Babeando lujuria, como un perro,
¿qué vas buscando en tu ansiedad funesta,

si en los festines del amor hoy eres
como el desfile de un mezquino entierro
por los bullicios de una calle en fiesta!...



XVI

¡Tristeza de la gris tarde lluviosa,
sin ojos de mujer!... En lo más santo
del alma ¡cómo siento la angustiosa
humedad disolvente de tu llanto,

que se filtra y resbala silenciosa,
mientras se pudre el corazón de espanto,
como por las rendijas de una fosa
olvidada en un viejo camposanto!...

Al mirarte llorar, tarde sombría,
en lágrimas se anega el alma mía!...

Y parece que todo cuanto existe

también está llorando, cual si entera
la vida universal se disolviera
en un llanto inmortal, muy lento y triste!...



XVII

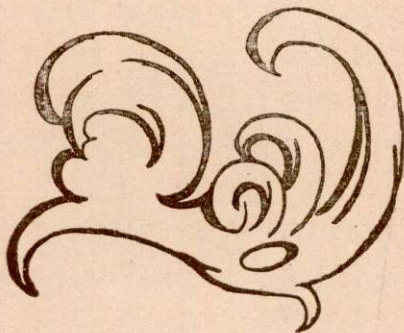
Junto al fuego la vida tiene en esta
hora de paz nocturna, una tranquila
dulcedumbre... Deslumbra la pupila
un áureo resplandor de antigua fiesta.

Siguiendo el ritmo de invisible orquesta,
para el amor, nuestra esperanza hila
la más divina túnica... Destila
la hora un perfume de gloriosa gesta.



Sobre un mar de esmeraldas se desliza
nuestra vida, lo mismo que un navío
que ni una nube en el espacio advierte...

Mas ¡ay, de pronto nuestro vello eriza,
pasando, como un rauda escalofrío,
el pánico espantoso de la Muerte!



XVIII

¡Como tu angustia y tu tristeza siento,
tarde lluviosa y gris, anubarrada,
igual que una conciencia atormentada
por los fantasmas del remordimiento!...

Cual los aullidos trágicos del viento
por la espectral floresta deshojada,
por mi carne, de amar extenuada,
pasa el ruido del deseo hambriento!...



Tanta sombra en el cielo se condensa
como en mi corazón de sombra henchido!...

¿Y cómo no sentir tu angustia inmensa

— ¡oh, tierra cenagosa y amarilla! —
cuando sé que seré, que soy y he sido
también formado de tu misma arcilla!...



XIX

¡El amor goza y sangra entre tus brazos!...
Eres cruel y bella... Tus moriscos
y dulces ojos, al mirar ariscos
son para el corazón como saetazos!...

Tus blancas manos de perfectos trazos
son lobos que devoran mis apriscos...
Siempre acaban tus besos en mordiscos
y en ahogos de sierpes tus abrazos!...



¿Qué te importa el suplicio de mi vida,
y lo grande y profundo de mi herida,
si al ver brotar la sangre, te sonríes

bajo la sombra azul de tu **cabello**?...

Tal vez pienses: — ¡Magníficos rubíes
para ornar las alburas de mi cuello!...



XX

Todos mis entusiasmos fueron vanos!...
Y á ti vuelas á buscar paz y guarida
lo único que dejaron los milanos
del gran ensueño alado de mi vida!...

Viene de recorrer mundos lejanos...
Es un recuerdo agonizante... Cuida
su corazón entre tus santas manos
como si fuese una paloma herida!...



De aquel alado y orgulloso ensueño,
que el mundo halló para su afán pequeño,
ahora — rotas sus alas — sólo queda

un palpitante corazón herido
que entre tus manos de fragancia y seda,
se va muriendo de dolor y olvido!



XXI

¡Ningún consuelo á mi dolor alcanza,
que al entrar en tu amor, dejé á la puerta,
con los despojos de mi carne muerta,
la esperanza de mi última esperanza!...

Mi memoria borró la lontananza!...
En la infinita soledad desierta,
como una cruz sobre el olvido abierta,
yace, clavada por tu férrea lanza!...

Y mi alma amarrada al duro leño
de este amor imposible aun para el sueño,
en bárbaro estertor estremecida,

se retuerce en las llamas del infierno,
sin esperanza, en medio del eterno
círculo de serpientes de la vida!...



XXII

Sonada paz... ¡Oh, místico consuelo
para tanta inquietud y tanta guerra!...
¿Qué impenetrable y misterioso velo
los paraísos de tu amor encierra,

que inútilmente le buscó mi anhelo,
y aun por buscarte, en vano, sangra y erra?...
Mis ojos no te hallaron en la tierra,
ni mi esperanza te encontró en el cielo!...

¿Dónde te esconde mi destino? ¿Dónde?...

Y á los clamores de mi afán responde,
una voz que es al par suave y triste,

que impregna el alma de inmortal esencia:

— La paz que buscas, corazón, si existe,
sólo puedes hallarla en tu conciencia!



XXIII

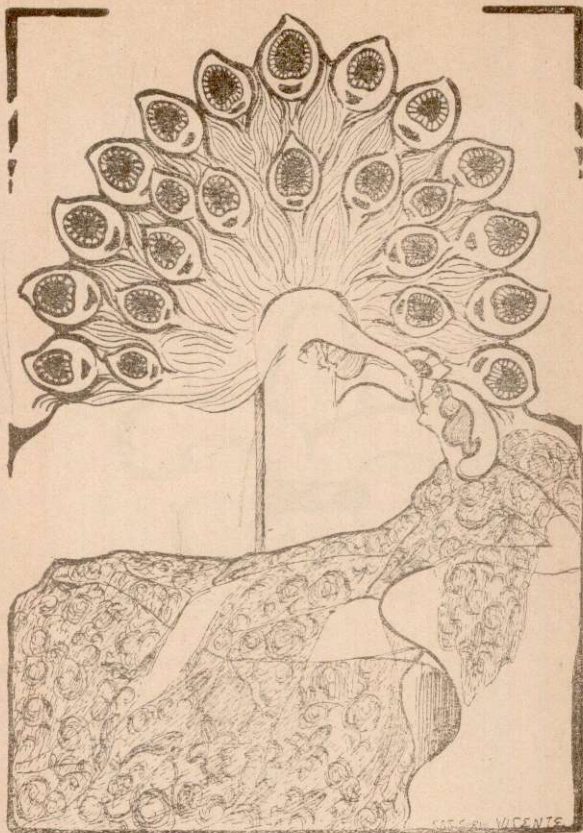
Campanas del crepúsculo... Divino
repique vespéral ¿qué alegre coro
de serafines vuelca tu tesoro?...
Se descubre, y postrado en el camino,

reza y bendice á Dios el campesino,
mientras á tu clamor, claro y sonoro,
se vierte en plata y se desborda en oro
el cáliz del silencio vespertino!...

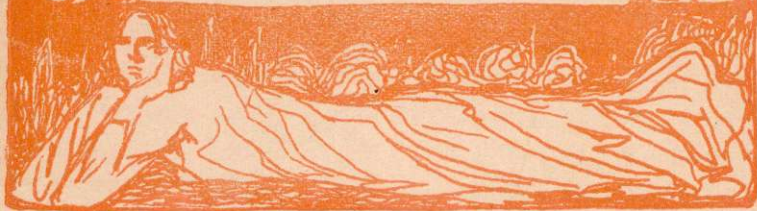
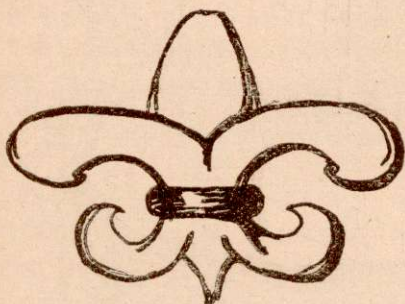
A tu son el Arcángel tiende el vuelo
en un glorioso y melodioso alarde,
para llevar hasta el azul del cielo,

en sus manos, cual ramo de azucenas,
el último suspiro de la tarde
y las plegarias de las almas buenas!...





LOS DIÁLOGOS ETERNOS



I

— ¿Y aquellos luminosos días
de juventud, de arte y de amor:
músculos tensos de energías,
alma en capullo y carne en flor;

y aquel anhelo de infinito,
y aquella sed de eternidad:
blanco poema nunca escrito
de ensueño y de felicidad?...



¿Quién disipó vuestra poesía,
el humo de vuestra ilusión,
alcázar de mi fantasía,
castillo de mi corazón?...

Mi alma desnuda y aterida
clama en las sombras por la herida:
— Vida ¿qué has hecho tú de mí?...
Y el eco errante gime así:
— Y tú, ¿qué has hecho de tu vida?...



II

¡Viejo jardín abandonado
en la otoñal desolación,
tu mustia pena me ha evocado
cuanto hay marchito y deshojado
en mi aterido corazón!...

La fuente trémula y sonora,
que entre la hiedra trepadora
gime de angustia ¿no será
mi alma que eternamente llora
lo que se ha ido y no vendrá?...



Sólo una blanca rosa alcanza
mi inquieto anhelo á distinguir...
¿Será mi última esperanza
que su postrer perfume lanza
y tiembla próxima á morir?...

Sobre un marchito cinamomo
trina un doliente ruiseñor...
¿Será el recuerdo de su amor
que adiós me dice, viendo cómo
me muero á solas de dolor?...



III

— ¿Por qué cuando sus humos rojos
el sol disipa, siento antojos
irresistibles de llorar?...

— ¡Los negros soles de sus ojos
jamás tu pena han de alumbrar!

— ¿Por qué angustiado gimo y peno
cuando en la paz del huerto ameno
los blancos nardos dan su olor?...

— ¡Nunca los nardos de su seno
perfumarán tu loco amor!



— Al escuchar el tibio arrullo
de las palomas, ¿por qué hayo
del blanco y viejo palomar?...

— ¡Nunca su acento será tuyo!...
¡Jamás su voz te ha de arrulla !...

— En el terror de mi espelunca,
todos mis sueños ¿por qué trunca
la luz de cada amanecer?...

— ¡No será tuya nunca, nunca,
ja que de todos puede ser!



IV



Y aquella blanca paz de seda
que perfumaba la reseda
de tu balcón ¿á dónde ha ido?...

— Sólo en la vieja estancia queda
un vago y triste olor á olvido!...
¡La casa es igual que un nido
abandonado en la arboleda!...

— ¿Y aquel coloquio solitario
bajo la paz de la enramada?...



— Hoy tu recuerdo, en la sagrada
tristeza de mi santuario,
es una rosa deshojada,
entre las hojas conservada
de un polvoriento breviario!...

— ¿Y aquella voz de arrobamiento
que abrió á mi loco pensamiento
la eterna gloria presentida?...

— ¡La maravilla de tu acento
es una música perdida,
que llora, á veces, con el viento
en los silencios de mi vida!



V

— ¡Regresa por donde has venido!...

¡No tornes más á su morada!...

Un Angel guarda con su espada
las puertas de tu Edén perdido!...

— (¿Será la sombra inmaculada
del blanco Arcángel del Olvido?)...

— ¡Regresa por donde has llegado!...

Hay algo muerto en el cercado
que esparce fúnebres hedores!...

— (¿Será un recuerdo asesinado
que ahora se pudre entre las flores
del viejo parque abandonado?)...

— ¡Toraa á tu larga senda oscura!
¿No oyes un golpe seco y fuerte
que el alma hiela de pavora?...

— (¡Ya nunca más volveré á verte!...
Abrió la azada de la Muerte
á nuestro amor la sepultura!)...



VI

— ¿No la tuviste á tu albedrío,
casi al alcance de tu mano?

— (¡Lo sabes tú, corazón mío!...
En cada cosa hay un arcano:
dentro del fruto está el gusano,
y en el amor está el hastío!)

— El velo azul de su ilusión
¿no alzaste, pálido, tú mismo?...



— (¡Lo sabes tú, mi corazón!...

Las flores cubren el abismo :

el amor es un espejismo,

la dicha humana una ficción!)

— ¿A tus recuerdos un suave
perfume eterno no les da?...

— (¡Ay, su recuerdo es como un ave
que entre el negror su voz levanta!...

La oímos cantar, mas no se sabe
ni cómo es ni en dónde canta!)



VII

— ¿En el secreto de qué salas,
sus manos fúlgidas de anillos
ofrendarán sus niveas galas?...

— (¿Por qué los cuerpos tienen grillos
si nuestras almas tienen alas?)...

— ¿Bajo qué ojos adormila
en un nupcial recogimiento
sus negros ojos de sibila?...

— (¿Nunca verá nuestra pupila
lo que desea el pensamiento?)...

— ¿Qué boca ebria, de amor loca,
entre sus labios yace inerte?...

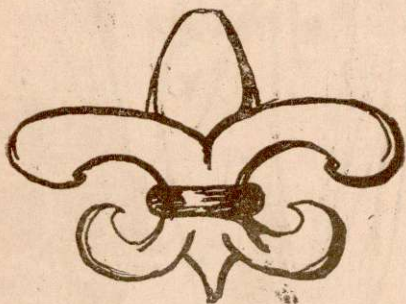
— (¡Amor, mis lágrimas advierte!...
¡Si besa algún labio su boca
que sea el labio de la Muerte!...)...





GREGORIO VITENTE

ETERNUM PACE



¡Paz!... Vivamos lo más dulcemente
que podamos el soplo de vida
que el Señor nos concede... ¿Quién cuida
de la sed mientras haya una fuente?...

¡Alma mía, sé buena y clemente,
y rencores y penas olvida,
y perdona la mano homicida
que ha ceñido de espinas tu frente!



¿Qué te importa, mi alma, el veneno
de la envidia, y el último estrago
del oculto rencor, mientras ella

se refleje en tu fondo sereno,
como tiembla en la plata del lago
el diamante de paz de una estrella?...



II

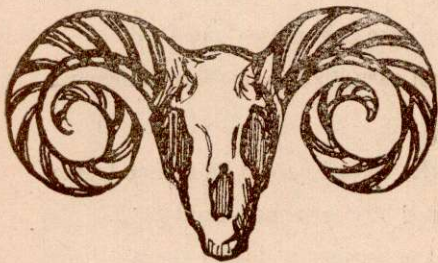
Abandona en mis manos tu mano
y tu sien en mi hombro... Es la hora
en que todo parece que añora
un ensueño de amor sobrehumano...

¿Es verdad que en un tiempo lejano
nos hirió una saeta traidora?...
Las heridas no duelen ahora
ni la sierpe se enrosca al manzano!...



¡Deja al viejo dolor, que recuerda
tanta herida á traición, que en la sombra,
de coraje los puños se muerda!...

¿Qué me importan antiguos enojos,
si tu labio amoroso me nombra
y me miran amantes tus ojos?...



III

El amor ha entornado la puerta;
nuestra lámpara un ángel custodia,
y de Linz la divina rapsodia
al calor de tus manos despierta...

Fuera de estas paredes, la incierta
muchedumbre que se ama y se odia,
la grotesca y eterna parodia,
y la inmensa llanura desierta...



Y aquí dentro, la calma y el goce
de un amor, que hasta hoy no conoce
el agudo amargor de los celos...

¡Ahora ve, corazón, como puedes
encerrar entre cuatro paredes
todo el brillo y la paz de los cielos!



IV

Ambición, ¿qué me impo tan triunfales
epopeyas, y aplausos y oro,
si he enterrado en mi pecho un tesoro
cual no vieron pupilas mortales?...

Rime al son de las trompas marciales
su esperanza y sus pasos el coro...

Yo en la eterna región donde moro
sólo escucho cadencias astrales...



¿Qué me importan poder y riqueza,
si á mis ojos la eterna belleza
para darse al amor, se desnuda?...

Más que todo el humano idioma
ella dice á mi alma en su muda
castidad de inviolada paloma!



V

¡Estás lejos!... ¡Qué importa, si siento
á mi lado tu sombra, si aspiro
tu perfume en el aire, y te miro
con los ojos de mi pensamiento!...

En el áureo y sensual aislamiento
donde siempre á soñar me retiro,
engarzando suspiro en suspiro,
o te dejo de hablar un momento!...

Solo siempre, los ojos cerrados
para todos los vanos cuidados
de la vida, en la íntima calma

de mis horas, mis sueños te digo...
Y así, solo, al hablar con mi alma,
me parece que aún hablo contigo!



VI

Nuestro amor es un claro remanso
donde ponen tus ojos un brillo
de algo eterno... Dorado castillo
donde buscan las almas descanso

al continuo bregar!... ¡Deja al ganso
que se nutra de cieno, y al grillo
que á compás de su reto organillo,
adormezca al espíritu manso

del ventrudo burgués, que sesteá
á la sombra de un árbol... La aldea
silenciosa y la urbe agitada,

el aplauso, la envidia y el lodo,
¿qué te importan, Amor?... Tu mirada,
como el sol, purifícalo todo!...



85

VII

Reclinada la sien en tu seno,
¿quién se acuerda que aúlla en la sierra
la lobada, y que existe en la tierra
la traición, el puñal y el veneno?...

Mis tumultos internos sereno
aspirando los nardos que encierra,
y sin odios, envidias ni guerra,
sólo pienso en amarte y ser bueno!...

¿Dónde están mis heridas, que en vano
en mi cuerpo las busca tu mano?...

A tu paso mis hoscas pasiones

se humanizan y aplacan su gula...

¡Tú, lo mismo que Santa Gúdula,
con sonrisas amansas leones!



VIII

En la clara y florida vitela
de un precioso y antiguo abanico,
cuyas áureas varetas un rico
arabesco de gemas constela,

— ¡oh, empolvada y real damisela!—
estos versos de amor te dedico,
tan alegres como un villancico
ó cual una fugaz pastorela!...

¡Que los bese, al azar, tu mirada,
mientras rima el violín con el clave
una antigua sonata olvidada,

y en el fondo de oro de alguna
cornucopia, se esfuma suave
tu silueta de ensueño y de Luna!...



IX

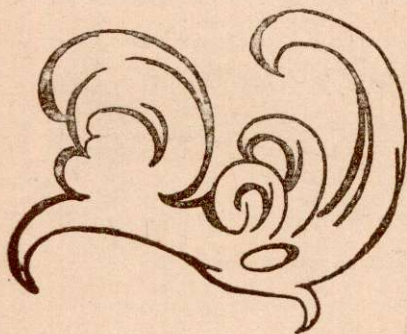
Con la ingenua alegría de un niño,
como el lirio más inmaculado
que en el fondo del alma ha brotado,
en tu seno prendí mi cariño!...

Mas qué pronto en tu níveo corpiño
lo miré sucumbir deshojado!...
Expiró por no verse manchado
como dicen que muere el armiño!...



Y de él sólo á mi vida le resta
ese vago perfume que flota
en el aire, después de una fiesta!...

Una música dulce y suave,
como el eco de antigua gavota
empolvada en las teclas de un clave!...



X

El jardín que florece y que medra
bajo el sol de las tardes gloriosas!...
Al pisar sus veredas umbrosas
el dolor se detiene y se arredra...

La ilusión de la casa de piedra
medio oculta en las ramas frondosas,
con ventanas sangrientas de rosas
y paredes verdosas de hiedra!...



Sobre el mármol de claras piscinas
tejen danzas de fuego los peces...
Silba un mirlo en la paz del ramaje...

¿Dónde están las pupilas divinas
donde en horas de amor, tantas veces
he mirado temblar el paisaje?...



XI

Al amparo de aquella glorieta,
junto al claro cristal de la fuente,
con tus manos ungiste la frente
de este humilde y obscuro poeta.

Y á una voz milagrosa y secreta
que de paz perfumaba el ambiente,
en su alma se abrió, de repente,
el amor, como santa violeta...



Ese amor que le da á mi poesía
un perfume de melancolía,
y que á veces romántico llora

por romper su divino secreto,
en silencio, lo mismo que ahora
mientras rimo este triste soneto...



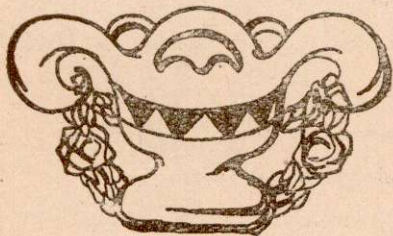
XII

¿Qué armonía en tus gestos contiene
que te da irresistibles hechizos,
cuando ahuecan tus dedos los rizos
de azabache que ensombran tus sienes?...

Cuando fingen tus labios desdenes
ó simulan suspiros postizos,
son tus manos dos niños mellizos
que en jugar con tu pelo entretienes...

Mas tu gesto más bello y más pleno
que revela tu egregio linaje,
es la curva de clásico seno

que describe tu mano enjorada,
al alzar el azul cortinaje
que á mis cielos de amor le da entrada!...



XIII

Alta noche... Silencio profundo...
La luz tiembla en los turbios espejos,
y semejan sus tristes reflejos
estertores de algún moribundo...

Mis recuerdos de hoy los confundo
con aquellos recuerdos tan viejos,
y sollozo, al mirarte tan lejos,
de encontrarme tan solo en el mundo!...

Sin tu amor, ¿qué será de mi vida?...
En el fango caerá, como un ave
con el ala sangrienta y tronchada...

Estrellita de plata perdida,
sin tu luz, ¿qué será de mi nave
al azar de la noche entregada?...



XIV

Sin que nadie le preste consuelo,
consumiendo su vida en su esencia
mi cariño apagóse en la ausencia,
como muere una flor entre el hielo!...

Se ha acabado aquel dulce desvelo,
la anhelante y continua impaciencia
por sentir, á tu sola presencia,
la ilusión deslumbrante del cielo!

Se apagaron las viejas hogueras!...

Ya de tantas amantes locuras
sólo quedan recuerdos lejanos!...

Mas — ¡oh, vida curiosa! — no quieras
remover sus cenizas oscuras
porque aún puedes quemarte las manos!...



XV

A tu amparo nacido y criado,
vanamente mi amor se subleva...
¡Pobre esclavo que tu nombre lleva
en su carne con fuego marcado!...

Con su llanto y su sangre ha regado
el terruño feraz de tu gleba;
ha metido tu vino en la cueva
y en las trojes tu trigo ha encerrado!...

Cuando inútil cayó bajo el yugo,
tras de dar á tus campos su jugo,
de arrojarle tuviste el acuerdo...

Y hoy le brindas como recompensa
que se muera de hambre en la inmensa
soledad de un estéril recuerdo!...



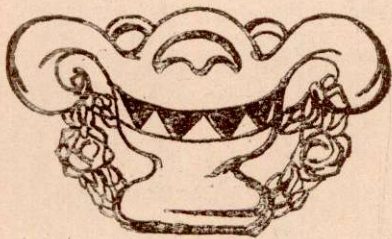
XVI

Como ofrenda de este amor secreto,
prender quiero en tu seno esta noche,
un recuerdo de amor con el broche
esmaltado de un áureo soneto.

Él será como un raro amuleto
que en tu alma sus gemas derroche...
¡Déjale que á tu seno se abroche
por catorce esmeraldas sujeto!...

Al partir, una lágrima ardiente
de tus ojos rodó lentamente...
¡Fué el adiós que me dió tu mirada!...

A tus ojos juré devolverla...
¡Y ahí la llevas, igual que una perla,
en un áureo soneto engarzada!



XVII

Cuando pase el amor por tu puerta
ciérrala, y que prosiga el camino...
¡Ay de ti, si la dejas abierta
y penetra el audaz peregrino!...

¡Ay, si prueba tu boca inexperta
la divina embriaguez de su vino!...
¡Te hallarán en tu tálamo muerta
al primer resplandor matutino!...



Si te llaman sus músicas ledas,
huye donde escucharlas no puedas,
pues si atiendes su voz un momento,

sentirás impulsiones fatales
de gustar los divinos panales
que destilan la miel de su acento!...



XVIII

¡Remembranzas de tiempos lejanos!...
Mis recuerdos son blancas palomas
que atraviesan collados y lomas
para ir á comer á tus manos!...

Con tus ojos, luceros hermanos,
á mis noches oscuras te asomas,
y mis frágiles versos aromas
con perfumes divinos y humanos!...



Remembranzas de amor!... Aquí, dentro
de mi pecho encerradas ¿qué hacéis?...
¡Id, palomas, volando, á su encuentro!...

¡Arrullad su amorosa querella!...

¡Pero no le digáis, si la veis,
que me visteis llorando por ella!...



XIX

En la azul soledad del islote,
de las olas antiguo despojo,
tu blancura contuvo mi arrojó,
al saltar deslumbrante del bote!

Mi deseo extinguióse, aun en brote!...
Toda blanca... Tan solo un manojo
de ígneas rosas manchaba de rojo
la marmórea frialdad de tu escote...



A tus plantas el mar desgranaba
sus collares de espumas preciosas,
bajo el palio del cielo sereno...

Y mi alma, al mirarte, pensaba:
— ¡Oh, quién fuera ese ramo de rosas
que ensangrienta el blancor de tu seno!...



XX

¿Qué murmura el silencio á tu oído,
que extasiado tu rostro se queda?...
¿Y qué mano invisible de seda
da á tu frente ese nácar de olvido?...

En tus ojos la luz se ha dormido
y en tu boca un olor á reseda;
y tu regio perfil de moneda
su dureza de bronce ha perdido...



¿Qué suspira á tu oído la brisa?...
¿Algún cuento de la Primavera

que comenta en fragante capricho,

ó quizás la palabra precisa
que esperabas que yo te dijera,

y jamás—ni aun en sueños—te he dicho?...



XXI

En el seno de paz de esta hora
que se va silenciosa al olvido,
una rosa mi mano ha prendido,
y una lágrima os lleva, señora!...

Una lágrima triste, que implora
perfumar vuestro labio florido,
para daros el beso prohibido
que no os diera mi labio hasta ahora!...

Al conjuro de este amor secreto,
una lágrima fué silenciosa,
á caer en un triste soneto,

como perla fugaz de rocío
sobre el cáliz sutil de una rosa...
¡y mi alma con ella os envió!...





GREGORIO VICENTE

ELEGÍAS



I

Á LA MUERTE DE LA REINA
MARÍA PÍA DE PORTUGAL



Cubran sus armas los paladines...
Manos piadosas deshojen flores...
Redoblen roncós los atambores...
¡Llorad, clarines!

Tapices fúnebres en las ventanas
y en las banderas negros crespones...
Lentos desfilen los batallones...
¡Doblad, campanas!...
¡Rugid, cañones!...

¡Rugid, cañones, en son de guerra,
porque no existe
el alma augusta, más buena y triste
que hubo en la tierra!

Resucitaron en la poesía
de sus divinas manos piadosas
las milagrosas
gestas de aquella Reina de Hungría
que hasta las llagas trocaba en rosas!

Como la madre del Nazareno,
bajo las nobles tocas reales,
llevó clavados, sobre su seno,
siete puñales!...



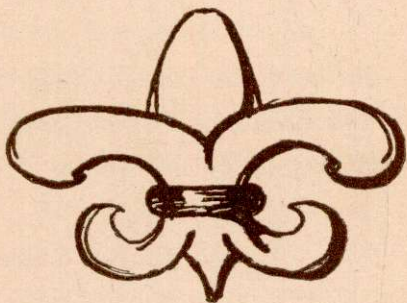
Sufrió el más hondo dolor humano...
Vió morir todo cuanto quería...
Esposo, padres... ¡Cayó el hermano
bajo el acero de la anarquía!

Y entre sus brazos, bañada en llanto,
vió á su hijo muerto... ¡Virgen María,
cual tú, la tarde del Jueves Santo!

Por el encanto
de sus tondades,
acalme el odio sus tempestades!...



¡Por el tesoro
de sus tristezas y sus saudades,
porque en la vida nunca hizo mal...
¡llorad por ella llantos de oro,
dulces campanas de Portugal!

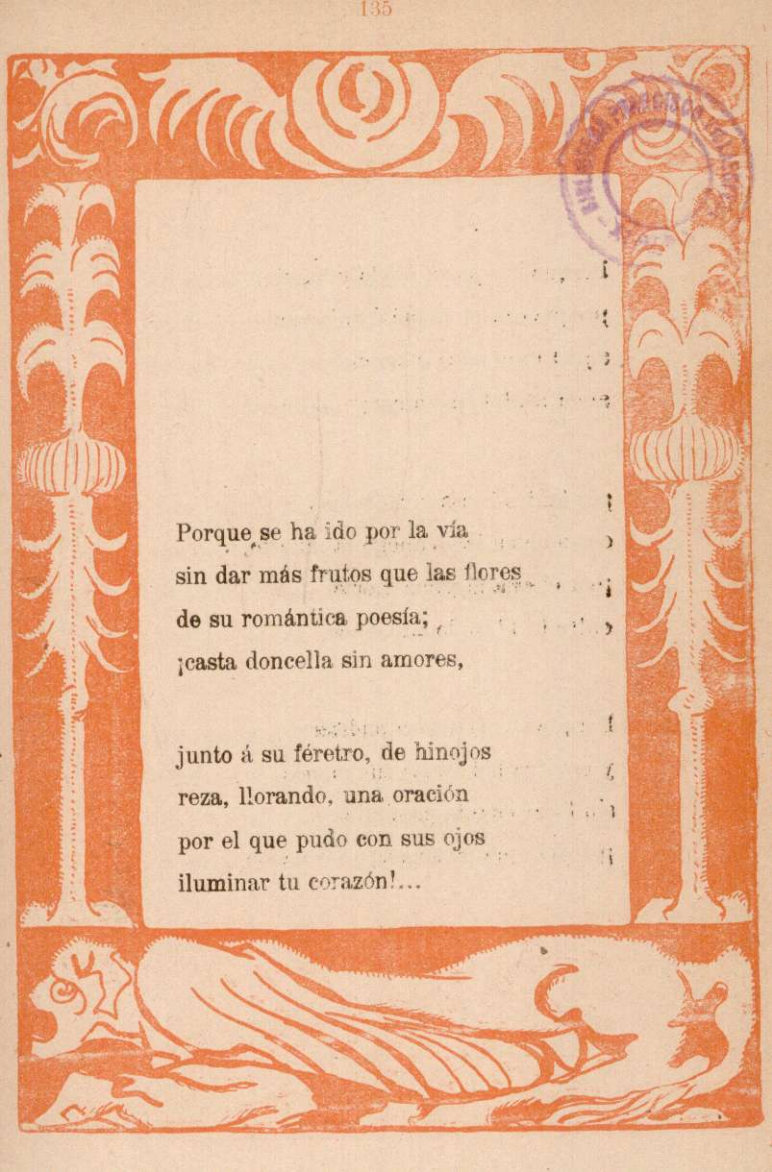


II

EN LA MUERTE DEL POETA
FERNANDO FORTÚN







Porque se ha ido por la vía
sin dar más frutos que las flores
de su romántica poesía;
¡casta doncella sin amores,

junto á su féretro, de hinojos
reza, llorando, una oración
por el que pudo con sus ojos
iluminar tu corazón!...

Porque era puro, noble y bueno,
porque con él se fué á enterrar
aquel romántico y sereno
amor sentido sin amar;

por tantos besos y canciones
como en su labio ahogó la muerte,
¡por él una lágrima vierte
entre tu libro de oraciones!

Porque sus labios se pudrieron,
y en cruz heláronse sus manos
sin tocar cuanto presintieron,
¡poetas, que fuisteis sus hermanos,

arrancad hoy de vuestra frente
gloriosa, un ramo de laurel,
para el poeta adolescente
que ha muerto de soñar con él!...

Por tanta y tanta Primavera
como aún en flor se ha malogra lo,
sin que llegase á ver siquiera
maduro el oro que ha sembrado;

por tantos nuevos ideales
como en la sombra se han perdido,
¡con vuestros cantos fraternales
salvad su nombre del olvido!...



Porque durmióse como un niño
sobre el regazo maternal,
sin que se abriese su cariño
en blanco seno virginal;

por tantas obras incompletas
como ha dejado en sus talleres,
¡su triste fin, llorad, poetas!...
¡rezad, románticas mujeres!...



ENVÍO

Aquel tesoro de ternura
que en tus pupilas fulguraba,
y tanta y tanta cosa pura
como tu espíritu encerraba;

tus regios sueños sobrehumanos,
la gloria de tu juventud,
¿serán festín de los gusanos
bajo la paz del ataúd?...

De tantas ansias ¿sólo un triste
y vago aroma quedará?...

Las frases que tú no dijiste
¿qué nueva boca las dirá?...

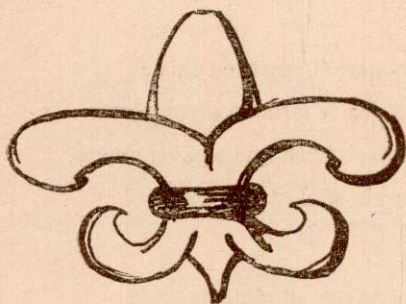
¿Será posible que el navío
cargado de luces y astros
se haya perdido en el vacío
eterno, sin dejarnos rastros?...

¿No ha de tornar de nuevo al puerto
rasando el mar las escotillas,
cargadas con las maravillas
que en el misterio has descubierto?...

¿Será posible, di, que todo
el cielo que dentro del pecho
nos reservabas, ahora en lodo
sin darnos luz, se haya deshecho?...

¡Señor, si otra vida existe
en donde forma real adquiere
la aspiración que aquí se muere,
oye la súplica que triste

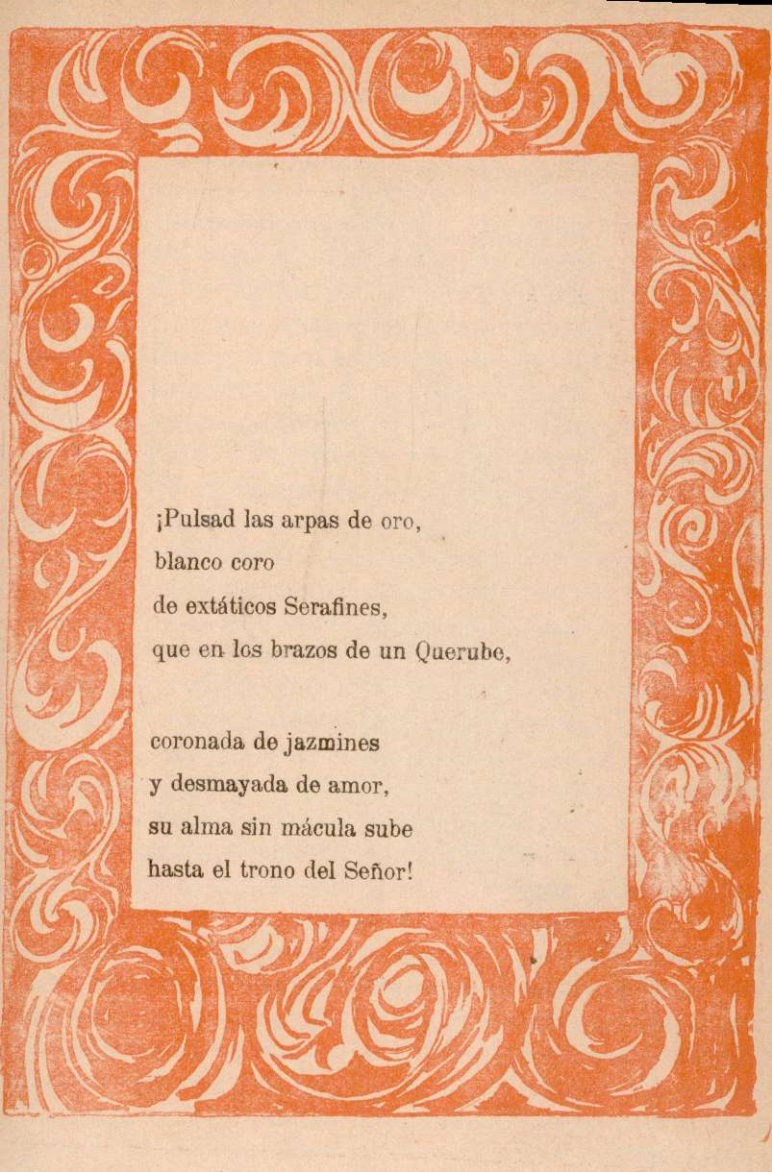
te manda un alma dolorida
por la injusticia que has mostrado:
— ¡Dale al poeta en la otra vida
cuanto ahora en esta le has negado!



III

Á LA MUERTE DE UNA DONCELLA





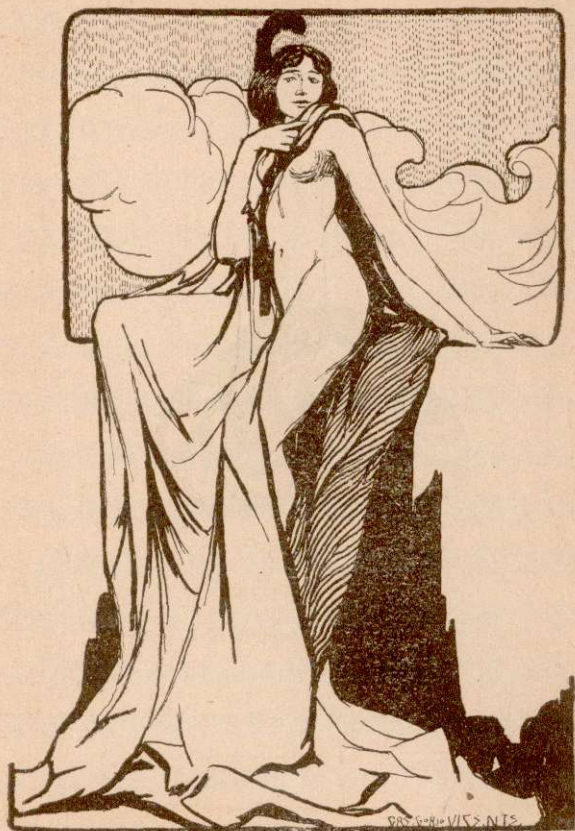
¡Pulsad las arpas de oro,
blanco coro
de extáticos Serafines,
que en los brazos de un Querube,

coronada de jazmines
y desmayada de amor,
su alma sin mácula sube
hasta el trono del Señor!

Angeles custodiadores
de las celestes escalas,
¡desplegad de vuestras alas
los divinos resplandores
y entonad gloriosamente
los himnos más sobrehumanos,
que Dios ha abierto sus manos
para bendecir su frente!

Inmarcesibles Esposas,
de las celestiales rosas
con la esencia más preciada,
¡ungid los divinos pies
de esa alma inmaculada,
que Dios dijo: — ¡Electa est!





À MEDIA VOZ



I

Todo lo mismo... Igual que antes
está el jardín, los cenadores...
Lanzan los mismos surtidores
las mismas flechas de diamantes!...

Iguals ráfagas fragantes
brindan al sol las mismas flores...
Cantan los mismos ruiseñores
en los granados verdantes...



La misma Venus mutilada
sobre la fuente abandonada...

El mismo aroma de reseda;

el mismo musgo cubre el banco..

¿En dónde está tu traje blanco
entre el verdor de la arboleda?...



II

¿Por qué en mi senda dolorosa
sólo tu mano me ha dejado,
si sabes que sin tu cuidado
mi vida es como una rosa

que se desnoja temblorosa
en un jardín abandonado?...

Mi corazón está colmado,
y por ti en lágrimas rebosa!...



Llora mi alma en mis pestañas;
mas ni maldice ni te acusa...

¡Ay, para mí tu amor ha sido

como esas madres sin entrañas
que echan sus hijos á la Inclusa...

¡Qué más Inclusa que el olvido!



III

Entra un olor de Primavera
por mi balcón, á bocanadas...
¿El resplandor de qué miradas
te alegrará, estancia austera?

Mi corazón ansioso espera
el resonar de unas pisadas...
Venid, venid, manos amadas
á acariciarlo antes que muera!...



¡Oh, sed de besos!... Sed vehemente
de amar, que no encuentra una fuente
ni aun una charca en que poder

saciar su voluptuosidad!...

¡Ay, con amor y sin mujer
qué triste es la soledad!



IV

En la glorieta solitaria
de tu jardín abandonado,
bajo la trágica araucaria,
sobre un gran zócalo gastado,

su desnudez estatuaria
alza un Apolo mutilado...

Su torso, una parietaria
con su verdor ha amortajado!...

Tristeza muda y desolada
de una escultura abandonada;
tristeza del mármol que llora

del tiempo la mutilación!...
(¡Viejo jardín, cómo devora
tu soledad, mi corazón!)



V

¡Cómo la humana planta yerra
en el camino de su anhelo!...
Cuando soñamos con el cielo
nos despertamos con la tierra!

Con nuestro sueño vive en guerra
la realidad... Siempre en su hielo
se apaga el ígneo Mongibelo
que en nuestro espíritu se encierra!

¡Oh, miserable carne loca!...
¡Tenemas sed, y nos echamos,
para saciarla, en cualquier fuente!...

¡Qué triste es dar en otra boca
aquellos besos que soñamos
dar en su boca solamente!



VI

En el amor de esta ramera
en cuyos brazos busco olvido,
soy como un ciego que ha perdido
la mano de su compañera;

y fatigado por la espera,
de caminar tanto rendido,
sin darse cuenta se ha dormido
dentro del antro de una fiera!...

¡Oh, santa mano, blanca guía,
no busques más mi compañía!...
Dale tu adiós á lo pasado!...

Sólo de mí quedan despojos!...
¡Cuanto fué orgullo de tus ojos
la fiera hambrienta ha devorado!



VII

Pienso, en tus blancos brazos preso,
la sien sobre tu seno en flor:

— No hay beso como el primer beso,
ni amor como el primer amor!...

Y mientras yo, pensando en eso,
suspiro, á veces, de dolor,
quizás tu cuerpo tiembla opreso
y se enrojece de rubor,

al evocar hoy la dulzura
del primer beso, que aún perdura
entre tus labios de clavel...

Verdad, que nunca has encontrado,
en ningún labio que has besado,
miel parecida á aquella miel?



VIII

Bajo la Luna plateada,
mientras suspira el surtidor
y se estremece la enramada
y el jazminero da su olor,

á nuestra alma acongojada
cantar parece el ruiñeñor:
— En esta noche perfumada
¿te acuerdas de tu antiguo amor?...



Del mirador pendiente aún queda
la escala mágica de seda...
Sangra un cadáver... Sobre el pecho
aun muerto oprime su laúd...
¡Oh, negros ojos!, ¿qué habéis hecho
de mi divina juventud?...



IX

Igual que un pájaro en su nido,
abandonado por la suerte,
mi último anhelo, entristecido
y fatigado de no verte,

entre tus manos se ha dormido...
¡Cuida que nada le despierte,
que el sueño es como un olvido
entre las sedas de la Muerte!



Blanco sepulcro de tus manos;
rosas de paz, lirios humanos,
que apagan toda mala hoguera

y aduermen toda turbación...
Tus blancas manos yo quisiera
para enterrar mi corazón!...



X

Eres suave como un ala,
pálida como un asfodelo,
y por tu labio, tu alma exhala
como un lejano odor a cielo...

Ninguna seda en tenue iguala
á la negrura de tu pelo
que por la túnica resbala
con suavidad de terciopelo!...



Hay en tus gestos una pena
de mustia y mística azucena...

Esa tristeza que te viste

te hace más dulce y más hermosa...

¡Eres suave, bella y triste
como una Mater Dolorosa!...



XI

Con tantas rubias y morenas
como en mi senda he tropizado,
pródigamente he derrochado
mi juventud, á manos llenas!

Hoy, para ti, conservo apenas,
como recuerdo del pasado,
un corazón ensangrentado
y un alma en cruz sobre sus penas!



Brinda á otro amor tus azahares...

¡Yo he derrochado mi tesoro!...

De mí, tu espíritu ¿qué anhela,

si arrojé al fondo de los mares

las últimas onzas de oro

que conservaba en mi escarcela?



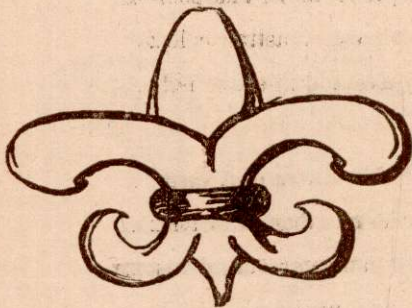
XII

¡Adiós, te dije, vida mía!,
porque en mi sórdida pobreza
para pagar tu astral belleza
mi juventud ni oro tenía!...

¡Mi vida entera está vacía!...
Perdió mi amor su fortaleza...
¡Qué mal contrasta mi tristeza
con tu selvática alegría!...

Mi corazón es como un viejo
y paralítico mendigo,
en sus recuerdos asilado,

que ve pasar por el espejo
de su ilusión, como un castigo,
los áureos sueños del pasado!



XIII

Ven, y reclina tu cabeza
para llorar entre mis manos,
que mi dolor y tu tristeza
pueden ser como dos hermanos!...

Iguales por Naturaleza,
vimos morir, raudos y vanos,
tú, tus anhelos de grandeza,
y yo, mis sueños soberanos!...

¡Igual dolor! En nuestras vidas
sangran idénticas heridas...

Ven á mi lado, y lloraremos,

cual dos hermanos abrazados,
sobre la tumba en que tenemos
á nuestros padres enterrados!...



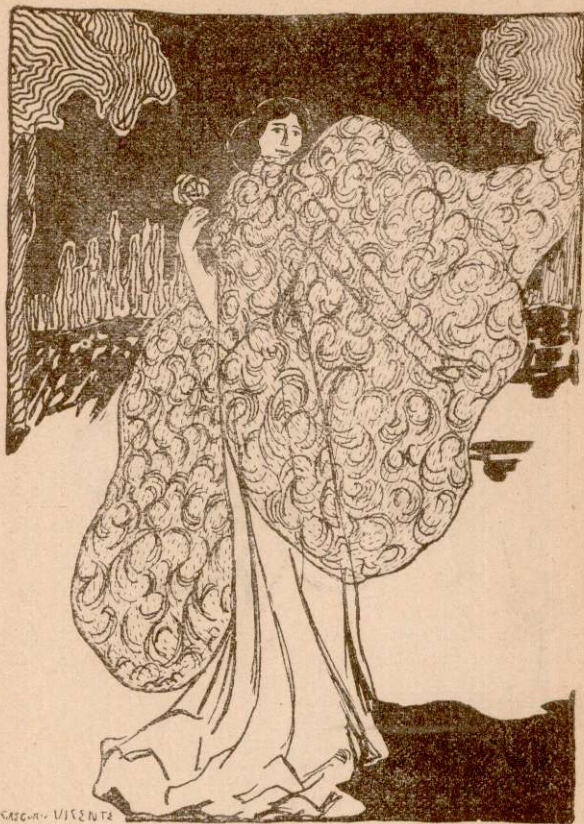
XIV

Aquellas blancas alegrías,
aquellas candidas quimeras,
como cristianos á las fieras,
las arrojaron, por ser mías!...

Perdí el tesoro de mis días
entre rufianes y rameras...
Hoy si me vieras, si me vieras
reconocerme no podrías!...

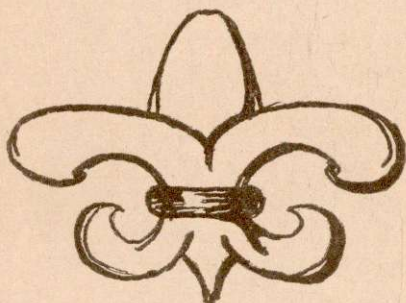
¡No me conozco ni yo mismo!...
¡Rodé por tanto y tanto abismo!...
¿Qué resta ya del frenesí
de mi gloriosa juventud?...
Lo mismo, amada, que de ti:
¡cenizas en un ataúd!...





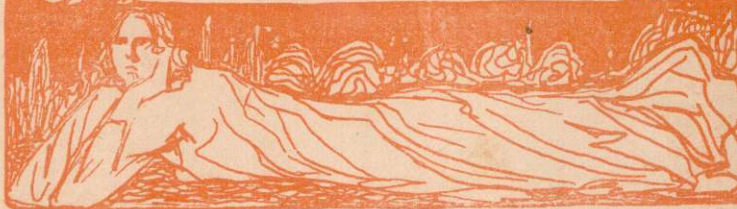
SAGUNA VICENTE

PARA VIOLÍN Y PIANO



I

El viento
suspende su aliento
sobre los jardines...
¡Calla, corazón!...
Los blancos jazmines
tan frágiles son,
que el soplo más leve,
sólo un respirar,
en humo de nieve
los puede trocar!...



¡Deseo,
sobre los umbrales
de su gineceo
que huele á rosales,
mirra y cinamomo,
no pongas los pies,
que ella, frágil, como
los jazmines es!...



II

Saudades, saudades
de tus suavidades:
vendas de azucenas
sobre las heridas de mi corazón!...

Huerfanito ciego, de tus manos buenas
iba por el mundo mi desolación!...
Mirar el camino ¿qué falta me hacía,
si por tus pupilas el mundo veía
tan bello, que un día
te dijo mi anhelo:



— Di, qué atravesamos, la tierra ó el cielo?...

Saudades, saudades
de tus ojos castos y de tus bondades!...
¡Oh, negras pupilas dulces y ojerosas,
hoy vuestros recuerdos luminosos son
como dos estrellas que alumbran piadosas
las sangrientas ruinas de mi corazón!...



III

Corazón, dime ¿qué orgullo
comparable puede haber
con el de haber sido y ser
absolutamente suyo?...

En sus manos, primaveras
de blancos lirios en flor,
des'alleciste de amor,
lo mismo que si latieras
en las manos del Señor!...



Y desde entonces resume
tu palpitante ansiedad
una divina bondad,
¡algo así como un perfume
de cielo y de eternidad!



IV

¡Sangriento martirio!...
Siempre recordando
sin poderte amar!...

Mi vida es un cirio
que muere alumbrando
al pie de tu altar!...

Postrado de hinojos,
siempre en cruz las manos,
de tu altar al pie,...



buscando mis ojos
tus ojos lejanos
que olvidar no sé!...

Eran tan sombríos
que son como he-manos
de los ojos míos!...

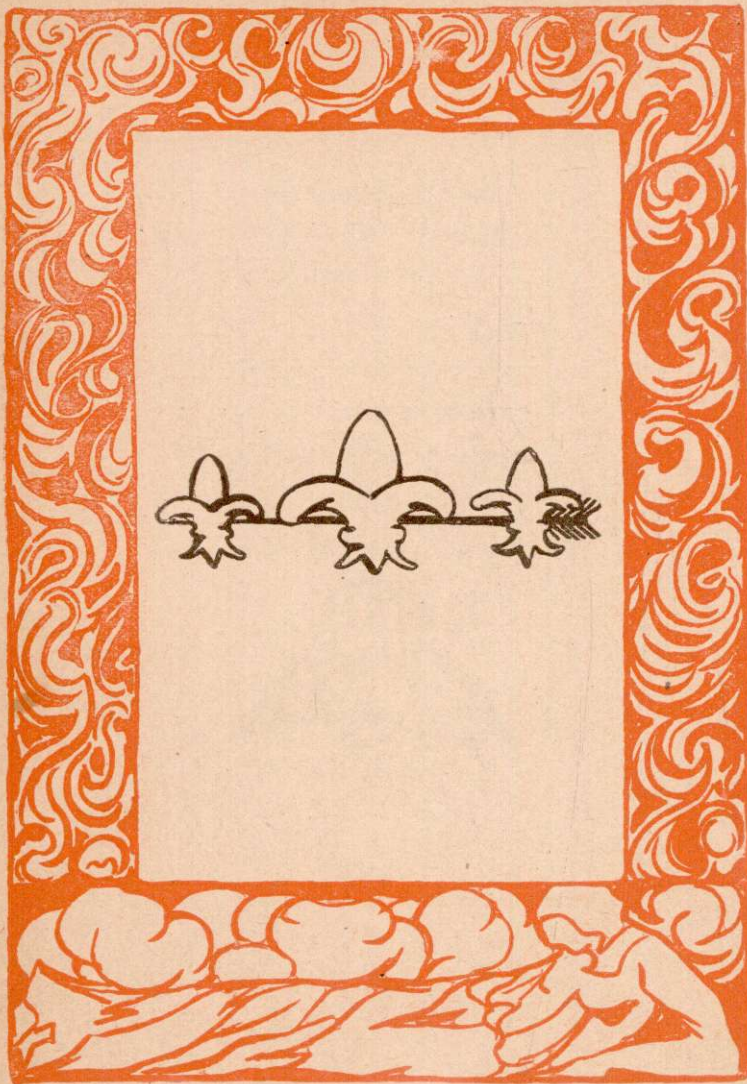
Ojos celestiales
que olvidar no sé,
en vuestros cristales
¿cuándo me veré?...

¡Oh, manos lejanas,
tan blancas y frías,

que sois como hermanas
de las manos mías;

copas de mis fiestas,
nardos de marfil,
¿volveréis en estas
mañanas de Abril?...



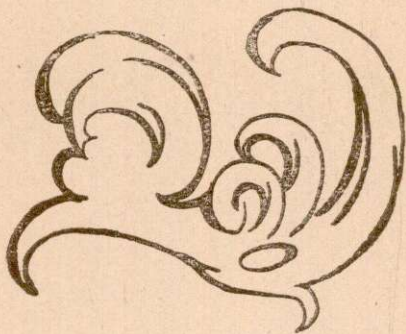


V

¡Ay, todo cuanto era mío,
agotaste con fruición,
dejándome el corazón
eternamente vacío!

Y tú, en cambio, ¿qué me diste?...
Esta voluptuosidad
que dejó mi vida triste
por toda una eternidad!...

Y este temor de no verte
y este miedo de encontrarte,
que me hace huir y buscarte,
y es mi vida y es mi muerte!...



VI

Dije al recuerdo que á verme vino:
— Sigue la ruta de tu destino
y no me vengas á perturbar...

Ya ves: no tengo nada que darte...
Hacia el olvido de nuevo parte
que ya no quiero ni recordar!...

Bajo mi techo te he resguardado;
con mis entrañas te he alimentado,
y de mi sangre te di á beber...

Mi propia alma te dió cobijo;
sació tus hambres... ¡Ni por un hijo
más una madre pudiera hacer!...

Y tú impasible, siempre á mi lado,
como una sombra, triste y callado,
no más hiciste que sonreir...

A mis preguntas no has respondido...
¡Ni de qué vienes ni á qué has venido
á mis angustias quieres decir!...

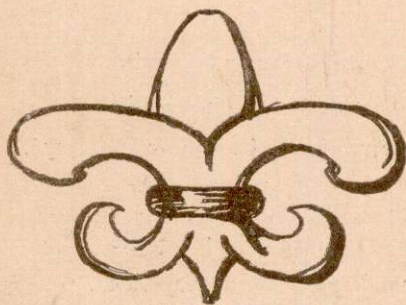
Pero el recuerdo no respondía,
y dulcemente me sonreía
con tanta pena, con tanto amor,

que á mis pupilas se asomó el llanto,
porque evocaron el mustio encanto
de las sonrisas de un viejo amor!...

Era el recuerdo de tu sonrisa,
de la sonrisa que tan de prisa
de entre tus labios por siempre huyó...

La única cosa que me dejaste
cuando perfume, te evaporaste,
flor, cuando el viento te deshojó!...







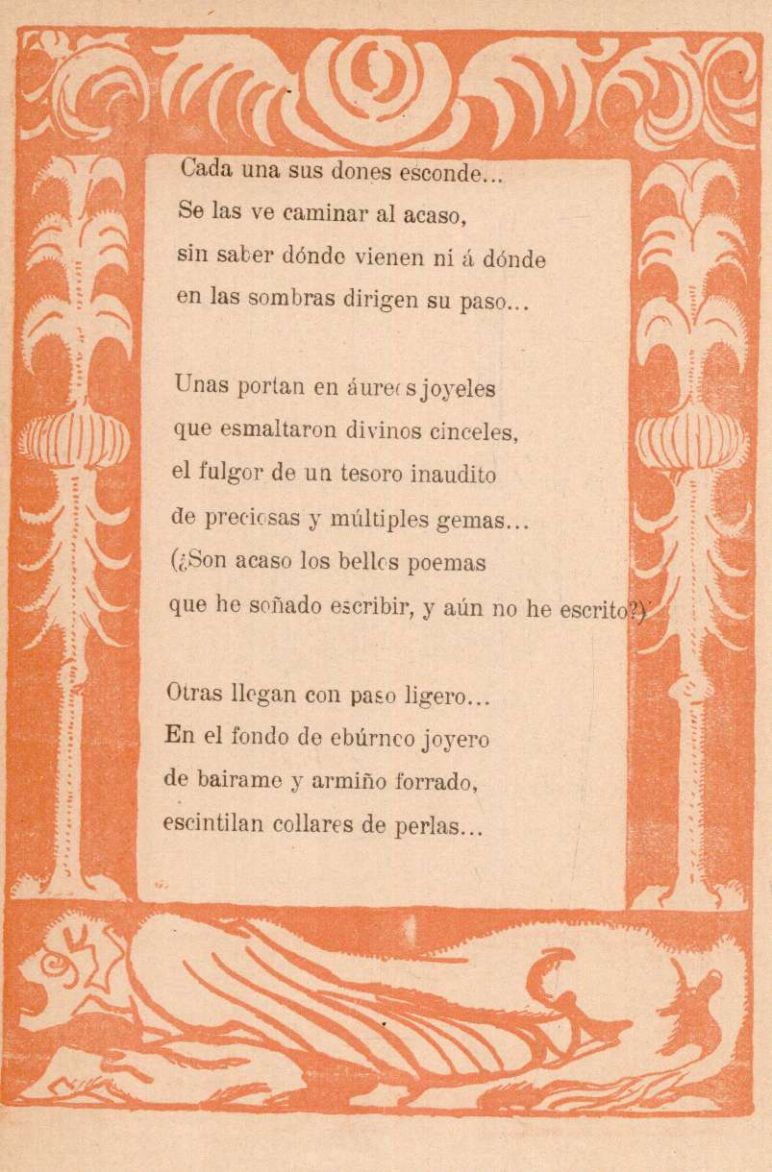
LA DANZA DE LAS HORAS



A mi encuentro se acerca, danzando,
el cortejo sin fin de las Horas,
en las sombras del Tiempo dejando
el fulgor de sus velos de auroras...

A ofrendarme sus mágicos bienes
de las manos prendidas se acercan,
odaliscas de ignotos harenes
que en su rueda florida me cercan!...





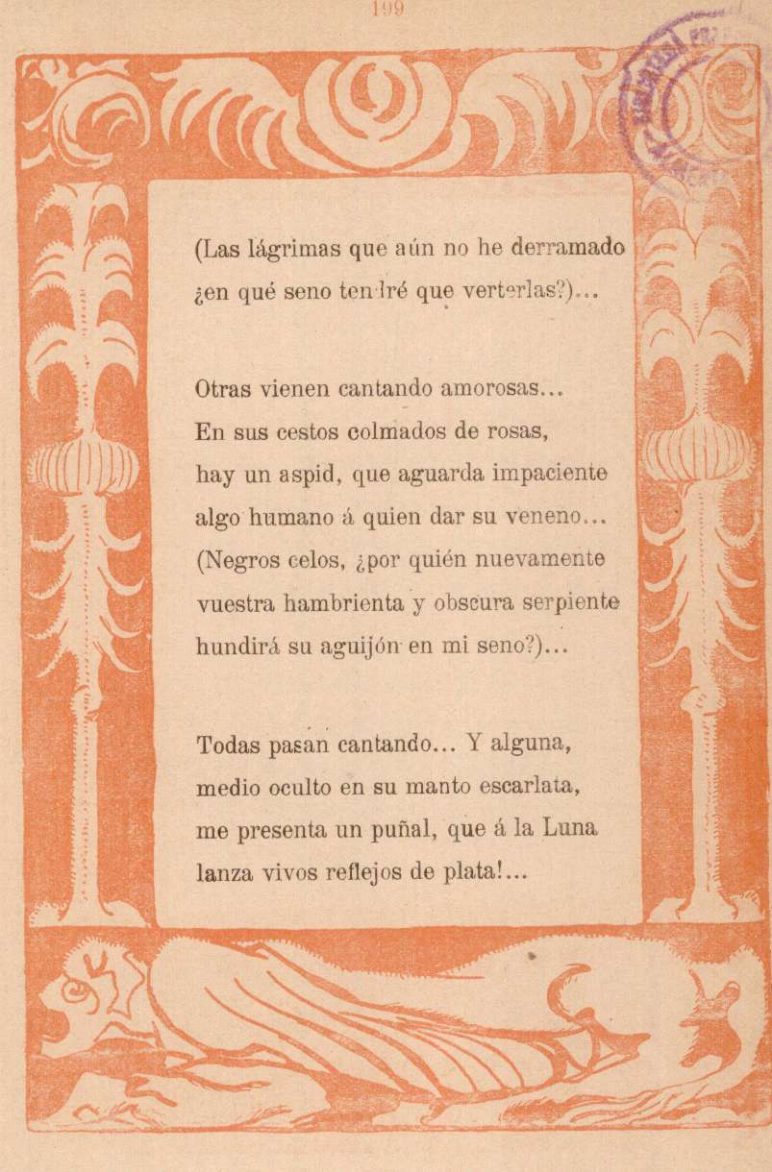
Cada una sus dones esconde...

Se las ve caminar al acaso,
sin saber dónde vienen ni á dónde
en las sombras dirigen su paso...

Unas portan en áureos joyeles
que esmaltaron divinos cinceles,
el fulgor de un tesoro inaudito
de preciosas y múltiples gemas...
(¿Son acaso los bellos poemas
que he soñado escribir, y aún no he escrito?)

Otras llegan con paso ligero...
En el fondo de ebúrneo joyero
de bairame y armiño forrado,
escintilan collares de perlas...





(Las lágrimas que aún no he derramado
¿en qué seno tendré que verterlas?)...

Otras vienen cantando amorosas...
En sus cestos colmados de rosas,
hay un aspid, que aguarda impaciente
algo humano á quien dar su veneno...
(Negros celos, ¿por quién nuevamente
vuestra hambrienta y oscura serpiente
hundirá su aguijón en mi seno?)...

Todas pasan cantando... Y alguna,
medio oculto en su manto escarlata,
me presenta un puñal, que á la Luna
lanza vivos reflejos de plata!...



(Blancas novias que aún no han deshojado
su divino azahar en mi lecho,
¿quién será la que clave en mi pecho
ese fino puñal plateado?)...

A compás de los tristes laúdes,
otras traen, en sus manos crispadas,
esas negras coronas ajadas
que se arrojan en los ataúdes...

(¿Con los ojos de llanto bañados,
te he de ver en el féretro, muerta,
en los hombros de cuatro enlutados
para siempre salir por mi puerta?)...

Todas pasan danzando, y un canto
misterioso su paso acompaña...

¿Quién será la que lleva en su manto
escondida la horrible guadaña
cuyo brillo nos hiela de espanto?

¡Y saber que esa hora es la mía!...
De pensarlo se eriza mi vello,
y parece que siento su fría
y acerada cuchilla en mi cuello!...

¡Hora eterna, profunda y sombría,
se en venir á la cita tardía,
que aún no hay nieve en mi negro cabello!...
Cuando bese su boca... Aquel día
hunde al fin tu guadaña en mi cuello!...



ÍNDICE

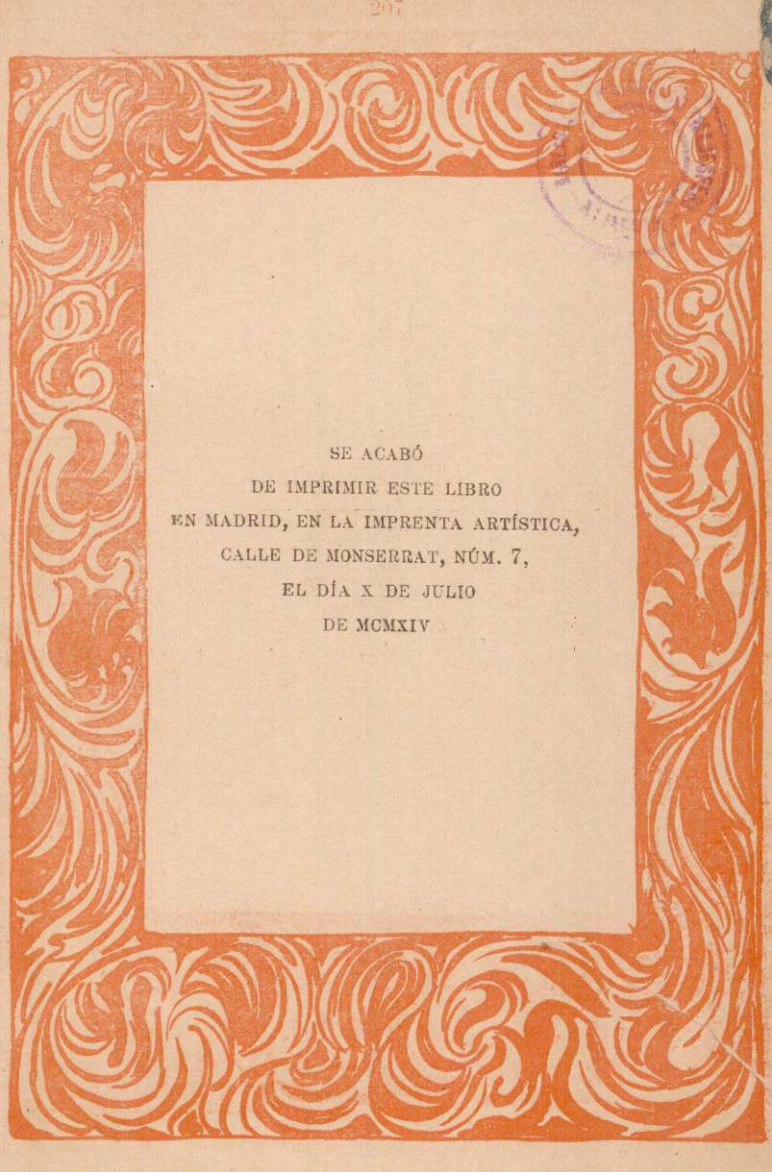


Páginas

DEDICATORIA	7
Campanas pascuales.....	11
Paisajes sentimentales.....	17
Los diálogos eternos.....	65
Eternum pace	81
Elegías.....	125
Á media voz.....	147
Para violín y piano.....	177
La danza de las horas	195



24



SE ACABÓ
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN MADRID, EN LA IMPRENTA ARTÍSTICA,
CALLE DE MONSERRAT, NÚM. 7,
EL DÍA X DE JULIO
DE MCMXIV

55-80-122

ERRATAS

<u>Página</u>	<u>Verso</u>	<u>Dice</u>	<u>Debe decir</u>
23	1. ^o	Silencio	Profundo
23	2. ^o	Profundo	Silencio
72	5. ^o	arrulla	arrullar
87	3. ^o	Linz	Listz
69	4. ^o	im juventud	mi juventud

154 158



